



CONCRETAR EL URBANISMO: Las grandes ciudades

Por Félix Arias

«... las ideologías de los propios sociólogos empiezan a ser importantes y hasta peligrosas.»
(A. de Miguel, *Informaciones*, 9-12-1972.)

Creo que es muy importante hablar de los temas que parecen interesar a la opinión pública. Y digo parecen, porque resulta difícil, en nuestro contexto político, saber el interés y las posturas de los distintos grupos ante un asunto concreto. Los cauces no dan para mucho.

El tema del urbanismo y concretamente la ordenación y jerarquización de las ciudades es objeto del III Plan de Desarrollo, y existe una nueva Ley del Suelo en las Cortes, por lo que parece apropiado polemizar sobre él. En un momento así y frente a ciertas tendencias románticas que propugnan detener el crecimiento de las ciudades, Amando de Miguel, apoyándose en criterios de Mario Gaviria, establece unas hipótesis de investigación claramente partidarias de la gran ciudad. («Desmitificar el Urbanismo», *Informaciones*, 9-12-1972.)

Como no estoy de acuerdo ni con lo uno ni con lo otro, y creo que ambos planteamientos parten de una misma visión de la historia, voy a adoptar una postura antagónica y enunciar una nueva serie de hipótesis. No es que crea que de la discusión «saldrá la luz», porque el tema es político y por

lo tanto existen contradicciones no resolubles por acuerdos, pero sí creo necesario clarificar posturas basadas en distintos puntos de vista de clase.

Vaya por delante que lo que me importan son las ideologías de los sociólogos y no la personalidad de ningún sociólogo concreto. Creo que lo que Amando de Miguel ha llamado la «cultura muda» española, adolece de que las polémicas, cuando se dan, se personalizan y pierden su valor.

Las ideologías de los sociólogos

Existe la tendencia, dentro de la sociología liberal, de tratar la ciudad como un concepto abstracto que se puede atacar o defender sin analizar su trayectoria histórica. Así vemos cómo los detractores hablan de la gran ciudad como el caos y los defensores dicen que es producto de la paz y de la ciencia, considerando un romanticismo el pretender que las urbes detengan su crecimiento cuando llegan a un cierto tamaño.

Sin embargo, para el ciudadano medio la urbe es un caos, y el tratar de convencerle con argumentos progresistas de lo contrario, implica ocultarle la estructura real de lo que observa. C. W. Mills escribió, «se ha hablado mucho sobre la ausencia de un orden discernible en nuestro medio ambiente. A mí esto me parece estúpido. ¿No son acaso la ganancia capitalista y la acumulación de capital el denominador común de ese orden? ¿No son característicos de nuestro medio los intereses privados inmobiliarios y la publicidad desatada? Para ellos, nuestras ciudades no resultan en modo alguno desordenadas; al contrario, las encuentran tan ordenadas como los archivos de sus títulos de propiedad». La ciudad es tan sólo una organización espacial producto de una sociedad que tiene una serie de contradicciones, y debido a ello ha formado siempre parte de la lucha de clases, desde las revueltas de esclavos y la Comuna de París, hasta los conflictos colectivos, y desde las luchas entre ciudades antiguas o feudales, hasta las guerras revolucionarias de los países subdesarrollados. El cargar las tintas sobre la ciudad como libertad y como producto de la paz y de la ciencia, parece querer ocultar toda esta realidad que acompaña al progreso social.

Ni éstos ni otros argumentos como: la crítica del ya manoseado ideal comunitario de barrios y ciudades medias; la extrapolación de tendencias (las ciudades crecen y por lo tanto seguirán creciendo); o conceptos metodológicos que necesitan precisarse y merecen discusión (falta de óptimos, o de criterios objetivos de medición, etc.), pueden justificar la defensa de un tamaño determinado de ciudad (y concretamente de la gran ciudad), así, de forma abstracta. Se critica el romanticismo del capitalismo liberal para caer en el tecnocratismo del capitalismo monopolista.

¿Se puede determinar el tamaño de las ciudades?

Para potenciar el análisis urbano prefiero basarme en las relaciones de dependencia que existen entre las distintas regiones y ciudades, a nivel nacional e internacional. Como dice A. G. Frank, la contradicción existente en la expropiación-apropiación de los excedentes originados en el proceso productivo, es «la que en forma encadenada extiende los nexos capitalistas desde el mundo capitalista y las metrópolis nacionales, hasta los centros regionales y de éstos a los locales». Este enfoque me permite analizar el crecimiento y tamaño de las ciudades a partir de otras hipótesis.

1. La estructura económica capitalista mundial se refleja espacialmente en centro y periferias. El desarrollo de uno y el subdesarrollo de las otras son un mismo fenómeno que hay que analizar, y sobre el que hay que actuar, globalmente. Las grandes ciudades aparecen en los centros nacionales e internacionales. Centros basados en el terciario (gestión, intercambio, etc.) que se apropian de parte del excedente de las periferias y lo canalizan

hacia inversiones que favorecen el mantenimiento de sus relaciones de dominación.

Las grandes megalópolis como Boston-Washington, Tokio-Osaka, o la ribera del mar del Norte son ejemplos de centros internacionales. Las grandes metrópolis de los países subdesarrollados como Buenos Aires, Calcuta, Pretoria, etc., son centros periféricos que canalizan la expropiación del excedente económico de sus países y las inversiones de interés para los países explotadores. Todo ello por medio de sistemas de centros regionales y locales.

2. El desarrollo económico se puede lograr sin los costes sociales, inherentes en la movilización de la población, que supone la metropolización. Se puede urbanizar y se puede desarrollar un país sin fomentar las grandes ciudades, o bien controlando el crecimiento de forma que aparezcan sólo las necesarias en cada momento y lugar. Una economía de decisión e inversión centralizada no necesita la concentración de negocios capitalistas y sin embargo puede conseguir un índice de crecimiento económico superior.

Como ejemplo tenemos la política urbanística nacional polaca de «Urbanización sin Metropolización», los logros checoslovacos en el control de crecimiento de Praga, y la política cubana de «Ruralización» consiste en la localización de las inversiones en el campo, deteniendo el crecimiento de La Habana que no consideran necesario para su desarrollo.

3. Existe un tamaño óptimo para cada ciudad de un sistema nacional, en cada momento histórico, que depende de los recursos existentes y de los criterios que se adopten. Los determinantes principales parecen ser los tamaños relativos de otras ciudades del sistema nacional y su especialización real, o pretendida, en la producción de bienes y servicios. Un criterio fundamental será la consideración de los costes que supone asentar población en cada ciudad según el aprovechamiento de la infraestructura y servicios urbanos existentes y el coste de urbanización nueva. Naturalmente un óptimo que satisfaga todos los criterios es casi imposible, pero sí se puede conseguir la suboptimación de los que considere más importantes una política nacional.

Las posibilidades de una política nacional

¿Cómo ha de concebirse la política urbanística nacional en lo que se refiere al tamaño de las ciudades? ¿Debe fomentar las grandes metrópolis? ¿Debe completar los escalones deficientes del sistema urbano, para que se ajuste a modelos ideales? ¿Debe impedirse el crecimiento de las ciudades a partir de un determinado número de habitantes? Las respuestas a estas preguntas no pueden darse nunca de forma abstracta, ya que depende de las características concretas de cada sistema de ciudades y del modo de producción que refleja.



«El desarrollo de unos y el subdesarrollo de los otros son un mismo fenómeno que hay que analizar.»

La respuesta que se adopte no será válida si no es consistente con la política de desarrollo del país. Dará igual que se canten alabanzas a las ciudades grandes, a las medias o a las aldeas, porque su tamaño será, en definitiva, el que determine la lógica de la estructura capitalista internacional. Dependerá en España de las relaciones comerciales con USA, de la integración en el Mercado Común, etc.; en definitiva, de cómo evolucionen las relaciones de dependencia a las que estamos sometidos.

Si la teoría de desarrollo del país se transforma con el fin de cogerle el pulso a nuestra historia, de desalienarnos colectivamente, entonces variarán las relaciones sociales y variarán consecuentemente las funciones y usos de nuestras ciudades, surgiendo, poco a poco, un sistema distinto, al que habrán podido colaborar los planificadores urbanos. Se buscará un sistema que fomente el desarrollo periférico, permitiéndole apropiarse y reinvertir su excedente económico, redistribuyendo las funciones actuales de los asentamientos al servicio hasta ahora de una revolución industrial que no resuelve nuestros problemas.

En ese contexto cambia la consideración, por parte de los planificadores, de lo que el enfoque liberal ha dado en llamar el problema del suelo

como «recursopreciado y escaso»; la escasez en un punto determinado depende de la demanda que allí se provoca (favoreciendo migraciones, localizando inversiones, etc.) y de quién y cómo maneja la oferta.

Asimismo el objetivo de ordenación del consumo, que se asigna al planeamiento urbano, tiene que revisarse, pues la estructuración espacial y administración eficaz de los servicios, que son muy deseables, no influyen fundamentalmente en las características del consumo, ni en quien se lo apropia. La formación social en que vivimos tiene unas relaciones características que producen unas ciudades específicas con segregación, congestión, contaminación, desempleo, etc., que le son propias y que un enfoque funcionalista sólo puede aliviar en muy pequeña medida.

¿A dónde vamos?

Lo que es seguro de la gran ciudad capitalista es que es un derroche de luz y decoración (en los barrios bien); un despilfarro en infraestructura de transporte (que no alivia la congestión); un peligro por su contaminación (por no controlar intereses privados); un monumento al consumo (en contraste con sus periferias); un gasto inútil que elimina objetos con valor de uso social debido a su depreciación artificial por un valor de cambio que sólo beneficia a unos pocos (mecanismo general del sistema capitalista que se acentúa en las grandes ciudades), etc.

Los pretendidos beneficios sociales que se originarían por las mayores posibilidades de encuentro a nivel personal, no son utilizadas nada más que por los ciudadanos que tienen poder adquisitivo, y localización favorable o movilidad suficiente, mientras gran parte de la población vive segregada económica y espacialmente en una sociedad que comercializa progresivamente, como expone Lefebvre, el uso del espacio. Asimismo las ventajas que en la gran ciudad se derivan de la aglomeración de empresas, por medio de economías de escala y de la existencia de un mercado importante, se traducen en beneficios para la empresa privada tan sólo.

Los demás beneficios que se imputan a las grandes ciudades, como las posibilidades de innovación o de progreso social, el nivel de vida superior y las mayores posibilidades de movilidad social, etc., es posible que se deban al carácter urbano del modo de vida y no al tamaño de las ciudades. La correlación que hasta ahora ha existido entre metrópolis y carácter urbano, parece ser específico de este período histórico caracterizado por la dominancia del modo de producción capitalista. Los ejemplos que he citado en apoyo de mis hipótesis, tienden a demostrar que esto es así.

Mientras tanto, en el mundo capitalista monopolista, que se caracteriza, como explican Baran o Myrdal, por el despilfarro, seguirán existiendo estas grandes ciudades, y también guerras imperialistas. ■